

Homilía. Viernes Santo

14 de abril de 2017

En la oscuridad estamos de pie ante la cruz con la madre de Jesús y el discípulo amado. Otros pueden preferir estar con las mujeres galileas y otros discípulos en una colina lejana, observando la crucifixión desde una distancia segura. Pero estamos directamente frente al Señor sufriente y moribundo, en la oscuridad. Es un lugar en el que es muy difícil y doloroso estar. Podemos ver los espasmos de su cuerpo estirado, los regueros de sangre que fluyen hacia la tierra. Podemos escuchar sus últimas palabras, apenas audibles, pero inconfundibles en su intención.

Es un suplicio estar al pie de la cruz. Si tratamos de abrazar al Señor en la cruz, ¡cuán imposible es esto sin abrazar la cruz también! No podemos separar a Jesús de su cruz. Y así estamos al pie de la cruz en la oscuridad.

Pero, ¿hay solamente oscuridad? Con los ojos de la fe, viendo como Dios ve, ¡también vemos un rayo de luz! Entremos más profundamente en el misterio de la cruz. Jesús habla con su madre y con su discípulo amado. ¿Por qué Jesús llama a su madre “mujer”? ¿Por qué entrega primero el discípulo a ella, y sólo entonces la entrega a ella a su discípulo? ¿Simplemente trata de hacer arreglos para ella en la soledad que le seguirá? El Papa Emérito Benedicto ha escrito que, en la narrativa de la Pasión del Evangelio de Juan, Jesús es el Nuevo Adán y su madre es la Nueva Eva. A diferencia del primer hombre y la primera mujer en el Jardín del Edén, que dijeron “no” a Dios al comer del fruto prohibido, el Nuevo Hombre y la Nueva

Mujer han dicho “Sí” a Dios, en la Anunciación, en el Huerto de Getsemaní, colgando y de pie ante la Cruz.

Decir “sí” a Dios en la oscuridad de nuestras vidas determina toda la diferencia. Reconocemos que todo está en las manos buenas y amorosas de Dios. Una luz brilla en la oscuridad. Nuestro desafío es decir con Jesús, “hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. Decir “Sí” al plan de Dios para nosotros puede incluir el sacrificio y la muerte a uno mismo. Pero también comenzará a movernos de la oscuridad circundante a la luz del amor perpetuo de Dios por nosotros. ¡Digamos juntos “Sí” a Dios!